

Confinamiento en el ascensor

Hoy me he quedado encerrada en el ascensor. Durante diez minutos. Lo que dura un relato.

He salido malhumorada de casa porque mi madre me había exigido ir a la ferretería a por un clavo para colgar un cuadro. Estaba lloviendo y hacía frío, no quería salir. Cuando acatas órdenes y haces las cosas por obligación, nunca salen bien, y más cuando lo haces con desgana y a regañadientes.

He pulsado el botón para llamar al ascensor y al cerrarse la puerta, conmigo dentro por supuesto, un golpe seco y brusco me ha recorrido las entrañas. El ascensor no respondía, no abría sus puertas ni tampoco se movía. Estaba encerrada entre tres paredes y un espejo, en unos doce metros cuadrados, en un abatido silencio. Mi reacción rápida ha sido mirar a mi alrededor en busca de un insignificante detalle que me diera la respuesta a cómo salir del habitáculo. No había ninguna señal aparentemente descifrable. Luego, he sacado el móvil y para mi sorpresa no tenía cobertura. Me hace gracia que la gente sugiera tener siempre el móvil encima en casos de emergencia cuando realmente su uso es inútil. Seguidamente he pulsado el botón de emergencia (el que se supone que existe para estos casos) y he aporreado la puerta por si algún vecino aventurero se disponía a salir de su hogar y quisiera toparse con esta ridícula situación.

Y ahí estaba yo, sola, enjaulada, aprisionada, enclaustrada y condenada a una espera infinita... ¡un momento! ¡Era como estar en el confinamiento!

Seguramente, si esta banal anécdota me hubiese pasado años atrás, no hubiera adquirido el significado ni la importancia que ahora mismo soporta, pero es que me había quedado encerrada un siete de enero de dos mil veintiuno, así que toda referencia a época pasada era de esperar.

¿Cómo hubiera sido pasar el confinamiento en un ascensor? Al fin y al cabo, el piso en el que vivo, más bien mi habitación, no es mucho más espaciosa. Pues bien, como el espacio me resultaba familiar, dejé de alarmarme y me acomodé.

Toda una serie de pensamientos nublaron mi mente. Visualizaba cada uno de los días de sofá - cama - sofá, pan y tartas, sentadillas y abdominales, pelis, música, charlas, videollamadas y muchas horas mirando el techo. No se estaba tan mal en el ascensor, allí podría recrear todas esas vivencias y repetirlas una y otra vez, sin tener por qué preocuparme. Es increíble cómo pasa el tiempo cuando te enfrentas a la más insólita soledad. Al principio sucede lento, parece mitigarse, derrumbarse y lentamente agonizar; pero una vez la mente se habitúa, los minutos pasan cada vez más rápido, como olas que con el viento se zambullen al mar.

Parece un poco excéntrico, pero las personas somos capaces de sobrevivir contándonos nuestros propios relatos, experimentando una y otra vez aquella historia de la que fuimos partícipes, la que solamente existe cuando la narramos.

Cada día del confinamiento me contaba una historia, me la repetía dos veces, una al levantarme y otra al acostarme, para abrir los ojos con el principio y cerrarlos con el final. Las historias solían estar vinculadas a mi estado de ánimo, y dependían del objeto que había visto y me había llevado a rememorar aquella situación. Algunas habían pasado hace muchos años, otras a penas unos segundos, algunas me las había inventado, y muchas de ellas se trataban de deseos, sueños, inquietudes o pensamientos profundos.

Las personas estamos hechas de ideas. Me encanta porque nos hacen creer que nosotros tenemos ideas, que las producimos, pero en realidad son ellas las que nos tienen a nosotros, y bien atados, de pies a cabeza. De hecho, diría que somos portadores de meras ideas, de simples conclusiones, de objeciones, de destrezas.

El confinamiento ha sido una historia común, un emblema, una bandera, un eslogan, una jaula, una condena. El confinamiento ha estado de nuestro lado, a nuestra vera, lo hemos llevado a duras penas y con resentimiento. Pero como cada historia, ha tenido sus protagonistas, antagonistas, personajes secundarios, terciarios y narradores. Lo que no sabemos es en qué momento de ella estamos, si en el nudo o desenlace, si tendrá final feliz o está escrita como una tragedia. Ni si correremos el riesgo de que sea la última historia que nos contemos.

Las personas poseemos historias, son nuestro sello, nuestra identidad, nuestro hogar. Tendemos a encontrar nuestra salvación, la libertad y el amor en ellas. Y lo mejor es que ponemos toda nuestra pasión en extenderlas.

La puerta del ascensor se abrió, pero no quería salir de aquel compartimento inspirador, ya formaba parte de mi historia, ahora solo tenía que recordármela.